cion soberbia, un sacerdote inspirado nos dice: «¿Qué temeis? teneis una Madre, mas vuestra que de otra nacion; nada podrán contra vosotros las mayores potencias extranjeras.»

Así es como la religion salva á los pueblos, por la infusion de la fé, de la esperanza y de la caridad. De la fé, que toma sus principios en lo sobrenatural, de la esperanza, que dá vigor al hombre, para obrar, de la caridad que, deshaciendo el egoismo fratricida, siembra la paz, la union, el patriotismo, el valor y el sacrificio, que fortifican, como por encanto, á los pueblos más abatidos.

El éxito asombroso del sermon del Sr. Canónigo Rosas consiste en su correspondencia con las necesidades nacionales. El se ha hecho amable, porque ha venido á colocarse entre los sacerdotes que ven á la Iglesia como lo que es, como la maestra de las naciones, como un elemento que por su naturaleza es público y se endereza á la colectividad. Los que proceden de otra manera vienen, como dice un publicista célebre, «á dar la razon al impio Bayle, tan enérgicamente refutado por Montesquieu, sobre que la espiritualidad del cristianismo lo hace impropio para la formacion de los Estados.» Muy al contrario de lo que los impios piensan y pretenden, el catolicismo se dirige, no á los hombres distributivamente, sino á los pueblos. La mision dada al sacerdocio es esta: «Id y predicar *á las naciones*. *En herencia* le han sido dadas á Jesucristo *(Salmo 11, 8)* y San Pablo se llamó el Doctor de las *naciones* (*Thimoth 11, 11)*. Un libro cabe escribir sobre esto; pero concluiremos haciendo estas citas de un grande escritor laureado por obispos y cardenales: «El Dios del Evangelio no es un dios *lar*, que se deja relegar á la sombra del hogar doméstico» ..... «el cristianismo ☞ *no seria verdad* (¡oidlo!) si no se dirigiera al hombre social, al *hombre nacion*» ..... «*admíro-*

me de tener que recordar esto á cristianos y enseñarles que su Dios, no es el Dios de su oratorio y que ☞ *es apostatar* no profesarlo *nacionalmente*. (*Augusto Nicolás: «El Estado sin Dios*).

¿Qué alegría, pues, no nos habrá causado la manifestacion imponente por lo tranquila, fecunda por lo justa, salvadora por lo verdadera, que acaba de hacer la Mitra de Querétaro? La palabra santa, en el Santuario se ha quedado, no ha salido de los términos de su jurisdiccion; pero puntualmente, por eso, puntualmente porque se ha elevado ádonde se eleva siempre la Maestra de las naciones, á los *principios*, alta esfera de luz y de vida, las *consecuencias* tienen que ser tan brillantes como nacionales, tan justas como beneficiosas. Hé aquí cómo la Iglesia, sin estrépito de armas y sin ruido, solo con el poder de la verdad y del amor, restaura el patriotismo que es la vida y el honor y la prosperidad de una nacion. ¡Oh! aquí el corazon sollozando exclama: «benditos sean los piés de los que evangelizan la paz.»

JOSÉ JOAQUIN TERRAZAS.

LA FUNCION

DE LA

MITRA DE QUERETARO

A NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE.

Regocijados como cristianos, henchidos de inmenso júbilo como hijos amantísimos de nuestra Madre Santísima de Guadalupe, escribimos las desaliñadas líneas de este artículo para comunicar á nuestros lectores, siquiera sea unos cuantos detalles de la esplendente solemnidad, con que la Mitra de Querétaro celebró anteayer la funcion que anualmente consagra á la Vírgen del Tepeyac, en su hermoso Santuario de Guadalupe.

¡Quiera la Santa Señora iluminar nuestra mente y guiar la pobre pluma que traza estos caracteres, no para que el conjunto de ellos alcance mayor ó menor mérito, sino para hablar de Ella en un lenguaje digno de su excelsitud; para poder pronunciar su Nombre, dulcísimo y armonioso como

el arpegio de áurea lira, con palabras que sean á un tiempo de uncion y de alabanza, de amor y de ternura!

Pero si no puede ser así, al ménos que el corazon exprese las dulcísimas emociones de que está poseido, no con la galanura de pluma privilegiada, no con un decir fácil, florido y elegante, sino con la humildad del que, fiel devoto de la santa Señora, le presenta la pobre ofrenda de su filial amor.

Suntuosa, espléndida, con pocos precedentes en los anales de las festividades que se han celebrado en el Santuario del Tepeyac, así estuvo la funcion de la Mitra queretana.

Dos dias ántes de verificarse aquella, llegaron á esta capital el Ilmo. Sr. Obispo Dr. D. Rafael S. Camacho, su venerable Cabildo, una parte del Clero de Querétaro, los alumnos del Seminario, una comision de particulares compuesta de los miembros más notables de la sociedad queretana y cerca de seiscientas personas que ocuparon doce ó catorce carros del ferrocarril Central, sin contar el crecido número de las que vinieron á pié.

El templo rebosaba con la muchedumbre incontable que llenaba las naves. La concurrencia era lucida, elegante y como pocas veces la hemos visto, compuesta, en una buena parte de hijos de Querétaro y de damas y caballeros pertenecientes á nuestra mejor sociedad.

Los adornos de la Basílica, suntuosos y de buen gusto, producian un conjunto agradable y deslumbrador, propio de la festividad que se verificaba en aquellos momentos, dándole tambien cierto sello de imponente majestad que avivaba más y más en los ánimos la devocion de que se sentian poseidos.

Para el que reflexiona en que el remedio de los males de la patria está en las manos de la que no se desdeñó de dejar su Imágen, como recuerdo eterno y santo de su amor hácia

México; para el que, como nosotros, cifra sus esperanzas más risueñas de felicidad en la Augusta Patrona de los mexicanos; para el que, como nosotros, quisiera ver el culto consagrado á la hermosa Vírgen de Guadalupe en el esplendente brillo de un apogeo deslumbrador, es muy grato el mirar cómo crece dia á dia el fervor de nuestros compatriotas por la Vírgen Mexicana; la esperanza en Ella, el amor á su Imágen sagrada, el anhelo por tributarle un culto incesante y digno de sus bondades inagotables para con nosotros.

Por eso ayer, al inclinar nuestra frente ante el trono de María, al doblar las rodillas sobre las baldosas de su templo, al balbutir con lábio emocionado las preces que nos dictaba el corazon, y al ser testigos de la sublime magnificencia del acto que presenciamos, casi, casi acudieron á nuestros ojos lágrimas de ternura inefable y se dilató nuestro pecho con los dulcísimos sentimientos de un goce puro y arrobador.

Mas divagamos dando á este artículo proporciones que no pueden tener.

Bajo un dosel de terciopelo rojo, con galones dorados, estaba situado el trono que ocupó, durante la ceremonia, el príncipe de la Iglesia mexicana, el Ilmo. Sr. Labastida, que se dignó honrar con su presencia el acto religioso á que nos venimos refiriendo. A su frente, ocupando la respectiva silla episcopal estaba el Ilmo. Sr. Camacho, quien ofició de pontifical celebrando la misa solemne.

La orquesta era magnífica; estaba formada por un buen número de profesores pertenecientes unos á la orquesta de la Colegiata, otros á la del *Círculo Católico* y dirigida por el conocido maestro mexicano D. José Rivas.

Las voces del coro, limpias, sonoras, extensas y agradables, llenaban los ámbitos del templo con sus bien modula-

dos acentos, notándose entre todas, la de nuestro querido amigo el Sr. Borrell tan justamente apreciado por los indis putables méritos artísticos que reune.

En el espacio de la crujia estaban, la comision de caballeros queretanos que acompañaron á su respetable prelado el Sr. Camacho, presidida, segun supimos, por nuestro amigo el Sr. Lic. D. Alfonso Septien y por el Sr. Dr. D. Ponciano Herrera, y los alumnos del Seminario Conciliar de Querétaro con el uniforme distintivo del Establecimiento, uniforme en verdad, muy elegante y de buen gusto.

Hablemos, ahora, del notable y magnifico sermon que predicó el ilustrado Sr. D. Florencio Rosas, Canónigo Magistral y Rector del Seminario queretano.

El sermon predicado en la insigne Colegiata, es una pieza de verdadero mérito. Entre los talentos, uno de los mayores es el talento de la oportunidad, aquel analizador talento que adapta las ideas á la hora y sazon en que se encuentran los ánimos, aquel talento que parece no hacer otra cosa que ir interpretando lo mismo que piensan y sienten los demás y que, sin embargo, recibe una forma mediante la palabra del orador, que conduce y parece que solo acompaña á los espíritus.

No haremos un verdadero análisis del sermon, el cual esperamos que se publique, porque la publicacion de éste, satisfará en los lectores plenamente el justo deseo que hay de conocer esa brillante pieza.

Vamos solo á emitir una que otra idea, á nuestro juicio, de alta trascendencia.

El orador se presentó con modestia. Ella realza á cualquier orador, pero de un modo especial al orador sagrado cuya mision, siendo de dulzura, de amor y de verdad, lo supone adornado del suave prestigio de las virtudes. ¿Qué es un orador sagrado que deja adivinar que

se escucha á sí mismo? Pierde completamente, sea cual fuere su talento, el imperio feliz de los corazones. No así el P. Rosas que por uno de esos misterios morales inexplicables se hizo simpático desde el momento en que ocupó el púlpito. ¿Era que el estandarte tricolor colocado en el presbiterio, del lado del Evangelio, habia ya indicado al auditorio que la funcion de la noble Mitra de Querétaro tenia un sentido á la vez, como debe ser, religioso y patriótico, y que los corazones, puestos en vía, se adivinaban y se entendian? No cabe duda. Por eso era tan simpático cuanto se miraba y se oia; por eso, porque los mexicanos quieren y desean como el pueblo escogido oir la voz de sus sacerdotes en los grandes conflictos de la patria. El púlpito de la insigne Colegiata es á la vez un lugar nacional y sagrado, de donde tiene que descender la enseñanza no á individualidades desgregadas y sin cohesion, sino la enseñanza á un pueblo entero Triste idea daria de su talento oratorio, de sus estudios teológicos y sociales y de su patriotismo, el sacerdote que en la ocasion presente no hubiera hablado como lo hizo el sacerdote ilustrado y patriota que por dicha ocupó ese dia la cátedra sagrada. Grande responsabilidad ante Dios hubiera tenido, pues el *no ver* en ciertas cuestiones, depende, allá en lo íntimo, de una flaqueza de fé, de que se es responsable ante el Supremo Juez de las conciencias.

Toque eléctrico fué para nosotros el anuncio que en su elegante exordio hizo el orador, al decir que iba á hablar, cual era su deber como sacerdote; pero no sacerdote como quiera, sino como *sacerdote mexicano*. Con esta sola palabra ya estaba vencido y dominado el auditorio. Pintó con pincel suelto y valeroso las grandezas y el poder de María; subiendo por artísticas gradaciones, manifestó la filosófica ley del amor y la fecundidad infinita suya; hizo ver, y en

esto estuvo la clave maestra de su discurso, que el amor de Dios y el amor de María tiene tambien sus parcialidades, y que si con rigor teológico María es la Madre de todos los hombres, más especial y decididamente lo es de los mexicanos. Con el poder de una fé ilustrada y de un amor encendido, increpó á los mexicanos que temen, teniendo una Madre tal como la Vírgen de Guadalupe. Lo que falta, segun el perspícuo orador, no es otra cosa que el conocimiento de lo que es y de lo que puede una Madre nuestra que es Madre de Dios, para que México se salve. Elevándose el orador á los más altos principios, que una vez bien esclarecidos se ven tan vulgares y tan sencillos, hizo ver la superioridad que tiene «la pobre y miserable México» sobre todas las naciones; y subiendo de arranque en arranque en alas del patriotismo (que es una virtud de que el sacerdote ménos que nadie debe carecer) y de la fé, tronó con resuelto valor y con la serenidad santa propia del ministro del Altísimo: *ármense y vengan en buena hora poderosas naciones extranjeras: yo las desafío, yo no las temo, porque toda nuestra esperanza, toda nuestra fortaleza, está en la Madre que tiene el mexicano, Madre á la vez llena de amor y de misericordia, llena de ternura y llena de fuerza incontrastable.* Feliz, felicísimo arranque, cuya oportunidad señalaron las lágrimas de los ojos, las palpitaciones de los pechos y las felicitaciones que de personas distinguidas recibió despues el orador. Nosotros le enviamos la humilde nuestra con toda el alma.

Para concluir esta breve reseña, bien pálida respecto del brillo que tuvo la solemnidad, damos á continuacion los nombres de los respetables sacerdotes del Obispado de Querétaro á quienes tuvimos el honor de ver, enviando al mismo tiempo nuestras felicitaciones al Ilmo. Sr. Dr. D. Rafael S. Camacho, dignísimo Prelado de aquella Mitra, no

ménos que á los queretanos todos por el buen precedente que han venido á establecer en las fiestas que el Episcopado mexicano consagra siempre á la Santísima Vírgen de Guadalupe, Estrella y Puerto de salvacion de nuestra querida patria.»

Hé aquí, ahora, los nombres de los sacerdotes mencionados:

Sres. Canónigos Don Juan Gonzalez, Don Agustin Guisasola, Magistral Don Florencio Rosas; Señor Presbítero Don Manuel Orihuela, Señor Cura Don Francisco Figueroa y Señor Presbítero Don Francisco Bravo.

Damos fin á estas líneas, renovando las más sinceras expresiones de gratitud al Ilmo. Sr. Arzobispo Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, al M. I. y V. Cabildo de Santa María de Guadalupe, á los Señores del Círculo Católico y á todas las personas que, de cualquier modo, cooperaron á la esplendidez de la funcion con que nuestra Iglesia quiso honrar á su tierna y amorosa Madre.

Querétaro, Setiembre de 1886.

PBTRO. JUAN GONZALEZ.

2